

# ÍNDICE

Prólogo a la edición española 9

## CONTINUAR LA HISTORIA

- I. Vértigo occidental 17
  - II. Un mundo mejor, ¿cómo? 41
  - III. Una Europa que sepa quién es y qué quiere 61
    - ¿Qué geografía para Europa? 68
    - ¿Qué estrategia para qué papel de Europa en el mundo? 72
  - IV. Francia en la globalización 79
- Conclusión. Una elección estratégica para Occidente: de la *irrealpolitik* a la *smart realpolitik* 97

## INFORME PARA EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA SOBRE FRANCIA Y LA GLOBALIZACIÓN

- I. ¿Debe Francia replantearse su postura frente a la globalización? 115
  - I. Observaciones previas sobre la desconfianza francesa 115

II. Francia en la globalización: una estrategia ofensiva	123
Conclusión de la primera parte	144
II. ¿Hay que cambiar de postura en política exterior y de defensa?	147
I. ¿Consenso o divergencias?	147
II. La opción federalista europea	148
III. La opción atlantista/occidentalista	151
IV. La política exterior francesa replanteada	160
Anexo. Informes sobre la globalización	181

# PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Hubert Védrine

Me alegro de que un editor español de calidad haya decidido publicar mi ensayo *Continuar la historia*, así como mi *Informe para el presidente de la República sobre Francia y la globalización*. Estos análisis y propuestas son fruto de mi experiencia —14 años con François Mitterrand, cinco años al frente de la diplomacia francesa, de 1997 a 2002—, de mis viajes, de mis contactos y de mis reflexiones. A pesar de las diferencias entre nuestros países, los retos que la globalización plantea a España y a Francia son comparables en muchos sentidos. Lo he descubierto con los años y las conversaciones que he mantenido con los presidentes del gobierno, los empresarios, los expertos españoles. En cualquier caso, tenemos cosas que aprender los unos de los otros, así como de los demás socios europeos. Confío en que las pistas que esbozo interesen a mis lectores españoles.

Escribí *Continuar la historia* en 2006 para repetir lo que ya decía cuando era ministro: no, la historia no se ha acabado, y si nosotros, los europeos, continuamos siendo así de ingenuos, nos exponemos a que continúe sin nosotros. ¡Y ya no seremos ni un verdadero polo del mundo multipolar!

A decir verdad, el enfoque adoptado por Estados Unidos los últimos ocho años —el recurso unilateral a la fuerza basado en una visión occidental del mundo, esquemática y maniquea, la de los neoconservadores— es bastante peor y, además, fracasa ante nuestros ojos, con un balance desastroso. Lo que ocurra a continuación depende en gran parte de los electores estadounidenses, de la lucidez y el valor de la próxima administración.

Estas dos reacciones occidentales, la norteamericana y la europea, son las dos caras de una misma *irrealpolitik*. Ni tan siquiera la hiperpotencia estadounidense puede ya imponer su voluntad a las potencias emergentes o reemergentes de todos los tamaños, al mundo multipolar reivindicativo y competitivo que surge ante nuestros ojos. Los europeos, en cambio, han creído demasiado pronto en una acogedora «comunidad» internacional pacificada y homogénea, en un mundo postrágico y poshistórico cuya prefiguración sería la Unión Europea, mientras que la ONU sería el agradable punto de encuentro y síntesis. Se impone una visión más realista de lo que es el mundo y del modo en que funciona, si queremos que sea un lugar menos peligroso, menos irresponsable y más seguro.

Formulo varias propuestas que nos permitirían llegar a ser un polo de ese mundo multipolar, lo que no es aún una realidad, pues «Europa» no es la panacea. Cuestiono la idea de que una «Europa» a quien los estados-nación y los pueblos europeos se limiten a confiar su suerte, por cansancio histórico, por una especie de federalismo del desaliento, sea la respuesta a nuestros problemas. Eso sí, creo en la fuerza de la UE, si expresa 27 voluntades nacionales conjugadas. Entonces se convertirá en esa «Europa» que sepa quién es y qué quiere, la que necesitamos, con más peso en el mundo que hoy en día, que defenderá sus valores e intereses.

La versión de este ensayo es la que actualicé y amplié en verano de 2008, y que se publica al mismo tiempo en Estados Unidos, donde algunos expertos y personalidades empiezan también a plantearse lo que los occidentales deben hacer en este mundo multipolar.

El *Informe para el presidente de la República sobre Francia y la globalización* es el resultado de una petición del presidente Nicolas Sarkozy en julio de 2007, inmediatamente después de ser elegido. «¿Debe Francia modificar su postura con respecto a la globalización y a su política exterior?», me preguntó entonces. Al primer punto, respondí que sí; al segundo, que más bien no.

Observo que, en los siglos XIX y XX, la globalización ha sido fruto de una voluntad política esencialmente británica, y luego estadounidense, fortalecida por innovaciones tecnológicas, lo que es un hecho consumado, así que de nada sirve estar *a favor o en contra*. Pero eso no obliga a vivirla ingenua o pasivamente.

Los sondeos muestran constantemente que *en todos los países occidentales*, incluyendo Estados Unidos, la opinión pública encuentra en la globalización más aspectos negativos que positivos: según *The Wall Street Journal* (que se aflige por ello), en diez años ese índice negativo ha aumentado 10 puntos. En España, una encuesta reciente sitúa ese umbral crítico en el 52%. En Francia, las opiniones negativas son más abundantes, y así sucesivamente. No hay por qué sorprenderse: en nuestros países, la opinión pública también ha medido de forma correcta la dimensión desestabilizadora del fenómeno, ¡y eso antes del asunto de las *subprime*! Las élites, por el contrario, están a favor de la globalización, sin matices —en todo caso, lo han estado durante 30 años—, y se han dedicado a sermonear a los pueblos que consideraban pusilánimes. De ahí que haya crecido el abismo con las poblaciones, lo que, en cambio, ha minado la construcción europea, que parecía haberse vuelto puramente liberal y demasiado desreguladora, y además a destiempo.

En el informe, considero que esas mismas élites se han equivocado de camino al menospreciar al gran público «que no entiende nada de la economía de mercado», y ordenarle pura y simplemente que «se adaptara». Más aún cuando, sin declararlo, todos los países disponían, incluso antes de la megacrisis bancaria de 2008, de mecanismos precisos de protección (que no deben confundirse con el proteccionismo como principio general) y de capacidades públicas. Las reacciones gubernamentales estadounidense y europeas, al borde del abismo, frente a la amenaza de crisis económica en otoño de 2008, lo han mostrado de modo espectacular.

Mi conclusión es sencilla: los países europeos deben elaborar un *manual de empleo de la globalización* que deje de oponer estérilmente de modo binario apertura y proteccionismo, además de combinar audazmente en una *policy mix* apertura, reforma, adaptación (más vale formar para los trabajos del día de mañana, más vale formarse durante toda la vida)... medidas de *solidaridad* precoces y eficaces para las víctimas —transitorias, si es posible— de las mutaciones, *medidas de protección puntuales bien orientadas*, así como una mayor *regulación*. Ahora bien: para regular, por definición, hacen falta varios. ¿A qué nivel? Unión Europea (y eso concierne tanto a España como a Francia), Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), Organización Mundial del Comercio (OMC),

Fondo Monetario Internacional (FMI), Naciones Unidas, organismos especializados. En otoño de 2008, los desreguladores arrasan con los muros y se plantea con claridad la cuestión de un nuevo Bretton Woods. En estas condiciones, un gobierno podrá decirle a la opinión pública: «Sí, la globalización tiene aspectos positivos y negativos, pero nosotros sabemos (nosotros: los franceses, los españoles, los europeos) qué hacer». Y, de hecho, cada uno de nuestros países tiene limitaciones, pero también bazas geopolíticas, económicas, culturales, lingüísticas, heredadas de la historia o construidas más recientemente mediante políticas apropiadas. Semejante enfoque debería generar un consenso europeo, a la espera de más, tras las crisis energética, ecológica, agrícola, financiera y económica de los años 2007 y 2008, que habrán abierto los ojos de los menos clarividentes.

Sobre política exterior, en cambio, en 2007 escribía que no veía qué interés podía tener Francia en alejarse de los principios fundamentales del consenso gaullo-mediterráneo, adaptándolo sin cesar a las realidades cambiantes. Sin embargo, al principio de su mandato, Sarkozy pareció no querer oponerse sistemáticamente, sino librarse del asunto, sobre todo con respecto a EE UU y la OTAN. Es justo añadir que está convencido de que este nuevo alarde, «proamericano», le da mayor libertad y reduce los prejuicios de los atlantistas en Europa frente a toda iniciativa francesa. Lo mismo sucede con lo que cree poder intentar en relación con Siria por el hecho de ser «amigo de Israel». Con el tiempo, ya veremos lo que vale este argumento y si ese margen de maniobra es real. Por mi parte, no lo oculto y ya lo había escrito: ver el mundo a través de los ojos de la «familia occidental» no me parece oportuno, y hasta puede llegar a ser peligroso. En mi opinión, nada hay más urgente que liberarnos del maniqueísmo occidentalista de la administración Bush, que ha acabado embrollando las mentes en Europa, hasta en los países más reacios. Confío en que los estadounidenses también se liberen de dicho maniqueísmo.

Supongo que la opinión pública española, al igual que la francesa, se plantea todas estas preguntas: ¿Qué hacer en la globalización? ¿Cómo sacar partido de sus oportunidades y reducir sus inconvenientes? ¿Cómo regularla para que no se convierta otra vez en un tremendo casino? ¿Podemos frenar la relativización de la influencia

occidental en el mundo multipolar y cómo? ¿Cómo puede España, así como Francia y cada uno de los otros estados miembros, jugar sus bazas y superar sus limitaciones? ¿Cómo llegar a ser un socio responsable de EE UU y no únicamente un aliado seguidista? Etcétera.

Los estados miembros de la UE son más fuertes si se mantienen juntos, y debemos esforzarnos por armonizar metódicamente nuestras políticas exteriores sobre todos los grandes temas. Sin embargo, insisto en que no debemos *remitirnos a «Europa»*. Ningún país miembro de la UE se va a librar de emprender por sí mismo, para empezar, un ejercicio de lucidez y de realismo sobre el estado del mundo, tan alejado de las ilusiones de los años noventa, y demostrar ambición y voluntad. Con ello, los Veintisiete, y la UE que constituye la expresión de todos, no lograrán sino ser más fuertes para establecer sus objetivos, defender sus intereses y sus valores en el mundo multipolar, inestable, agitado por retos estratégicos, financieros, energéticos, ecológicos y demográficos, en el que vamos a vivir.

Septiembre de 2008

